

Gerardo DELLA PAOLERA y Alan M. TAYLOR, eds.

A New Economic History of Argentina

Cambridge, Cambridge University Press, 2003, 384 pp.

Los interesados en la historia económica argentina cuentan a partir de ahora con un libro fundamental, que combina Economía, Historia y Econometría, siguiendo las líneas de la Cliometría y ofreciendo, por tanto, una interpretación más sofisticada de los hechos. Su edición conmemora el treinta aniversario del libro de Carlos Díaz Alejandro —*Ensayos sobre Historia Económica de Argentina*— que ya en su día supuso un cambio de rumbo respecto de las interpretaciones tradicionales realizadas hasta entonces. Este libro va más allá y presenta una visión todavía más rupturista, albergando un conjunto de investigaciones elaboradas por una nueva generación de estudiosos especializados en cada uno de los aspectos que se contemplan.

La obra comienza mostrando una panorámica general del crecimiento económico argentino desde principios del siglo XIX hasta el presente, deteniéndose posteriormente en aspectos más puntuales que buscan ahondar en las causas próximas y últimas de dicho crecimiento, conjugando al mismo tiempo el estudio de la macro y la microeconomía. Es por ello un trabajo compacto en el que cada tema es tratado con todo rigor técnico, haciendo uso de la amplia recopilación de fuentes estadísticas llevada a cabo por los diferentes autores, pero en el que los resultados son expuestos al lector de una manera fácilmente comprensible. Teniendo en cuenta tales características, puede decirse que este libro representa, hasta el momento, la visión más completa y moderna de la historia económica argentina.

En un capítulo introductorio Gerardo della Paolera y Alan M. Taylor exponen el caso argentino como el de un país peculiar, que pasó de ser relativamente rico a ser relativamente pobre, a la vez que se preguntan cuándo comenzó su declive, entrando así en uno de los debates más intensos dentro de la historiografía argentina. En su opinión, Argentina comenzó a divergir, y a distanciarse del grupo de países centrales con los que podía equipararse hacia 1900, a raíz de la I Guerra Mundial. De ese modo, se apartan de la tesis defendida por Díaz Alejandro, que propone 1929 como fecha clave en este sentido. Una vez fijado el punto de inflexión en la evolución de esta economía, plantean la pregunta clave que guiará el resto del libro: ¿fue el fracaso argentino enteramente debido a las desacertadas políticas aplicadas y a las condiciones internas, o fueron más bien los *shocks* externos los principales causantes del mismo?

A esta pregunta trata precisamente de responder el resto de capítulos, en los que se intentan encontrar los orígenes de los malos resultados macroeconómicos a partir de la evolución de la inversión en capital físico y humano, del proceso de

acumulación de factores y de las oportunidades de especialización y comercio. Sin duda, todo ello depende, en última instancia, de lo que podríamos definir como un conjunto de causas últimas que recaen en la mayor o menor firmeza de las instituciones, en la buena o mala asignación de los derechos de propiedad, así como en los resultados derivados de las políticas llevadas a cabo, aspectos todos ellos también contemplados en la presente obra.

Así, en el capítulo 2, Carlos Newland y Ricardo Salvatore estudian el período 1810-1870, relacionando el crecimiento que se registra en el mismo con el experimentado por el sector exterior. Se centran fundamentalmente en el sector agrario y en el aumento de la población derivado de las notables migraciones, tanto internas como externas, que tuvieron lugar en ese momento y que, a su vez, determinaron la evolución del mercado de trabajo. Enfatizan, además, aspectos más particulares y esenciales para explicar el crecimiento de esta fase, tales como la distribución de la renta y la riqueza y las condiciones institucionales imperantes. Sin embargo, la mayor debilidad de este capítulo, reconocida por los propios autores, y que lo diferencia de los demás, reside en la falta de estadísticas precisas con las que llevar a cabo el análisis expuesto.

En el tercer capítulo, Gerardo della Paolera, María Alejandra Irigoin y Carlos Bózzoli realizan un excelente estudio de la evolución fiscal y monetaria en el período 1853-1999. Para ello, hacen uso de un amplio conjunto de variables macroeconómicas con las que construyen dos índices que finalmente les sirven para clasificar, de mejor a peor, a las distintas administraciones de acuerdo a sus resultados obtenidos a nivel macroeconómico. El primero de estos índices incluye variables tales como la tasa de inflación, la tasa de devaluación de la moneda, el tipo de interés y el crecimiento del *output*. El segundo, se conforma teniendo en cuenta el porcentaje de deuda pública y de déficit público, la tasa de apertura y el tipo de interés real. Finalmente, combinan ambos índices en uno global, lo que les permite situar, por ejemplo, a las dos administraciones de Menem en primer y cuarto lugar, respectivamente.

En el cuarto capítulo, que quizá debería haber sido el tercero, una vez realizando el análisis de la evolución de la economía a largo plazo, Adolfo Sturzenegger y Ramiro Moya derivan las mayores fluctuaciones experimentadas por la economía argentina. Realizando un análisis tradicional de extracción de tendencia, detectan los principales períodos de crisis económica entre los años 1890-1891, durante la I Guerra Mundial y la Gran Depresión. Además, al llevar a cabo un análisis alternativo al anterior, basado en el cálculo del *output gap*, sitúan entre 1981 y 1982 la peor crisis monetaria y fiscal de la historia económica de este país.

Sebastián Galiani y Pablo Gerchunoff, en el capítulo 5, atienden al estudio del mercado de trabajo desde 1870, identificando tres grandes etapas en su desarrollo: 1870-1940, un periodo de *spot market*; 1940-1975, una fase de mercado de trabajo

“moderno” a nivel institucional, y 1976-2000, un lapso en el que se avanza hacia un mercado de trabajo más flexible. El análisis resulta muy completo, al tener en consideración las posibles correlaciones que pueden establecerse entre la evolución del *output* y la seguida por otras variables claves dentro del mercado de trabajo, como los salarios reales, la inmigración neta, la distribución del ingreso, la oferta de trabajo, la composición del empleo y el nivel de desempleo.

En el capítulo 6, Alan M. Taylor expone y demuestra su ya famosa hipótesis, según la cual las fases de crecimiento económico en Argentina están asociadas con los patrones de inversión. Así, el período 1884-1913 es, para este autor, un lapso de crecimiento, que se correlaciona con un *boom* de inversión en un contexto de mercado abierto en el que el capital extranjero fluía hacia Argentina y era canalizado hacia usos productivos. Por el contrario, en el período de entreguerras, con un mercado mundial de capitales desintegrado, la inversión se vio seriamente afectada, pasando a depender casi únicamente del ahorro interno, que era bajo, y ello explicaría el menor crecimiento de esta fase. Además, la baja tasa de inversión fue un rasgo que se perpetuó en la posguerra, dados los altos precios de los bienes de capital a consecuencia del tipo de políticas seguidas, lo que no favoreció el crecimiento económico de esa etapa.

Julio Berlinski trata magistralmente el tema del comercio exterior en el capítulo 7, haciendo hincapié en las políticas arancelarias aplicadas durante 1912-1922 y defendiendo la tesis de que Argentina —país pequeño y precio aceptante—, llevó a cabo una política comercial endógena en respuesta a los *shocks* externos provocados por las guerras o por los cambios exógenos en las decisiones de exportar e importar. Para abordar su análisis, usa una medida muy particular que denomina “índice de políticas activas de comercio”, obtenida como la diferencia entre los términos de intercambio externos y los internos. A partir de ella, abunda en el revés sufrido por Argentina al pasar a ser una economía cerrada tras 1930 y discute acerca de los costes, tanto estáticos como dinámicos, de la protección.

Yair Mundlak y Marcelo Regúnaga, en el octavo capítulo, se centran en el estudio del sector agrario, al que definen como el motor básico del crecimiento argentino. Un sector que, a pesar de su importancia, presentaba menores niveles de productividad que el de líderes mundiales como EE. UU. Intentan persuadirnos de cómo las señales ofrecidas por la economía internacional, la mayor parte del tiempo distorsionadas por las políticas intervencionistas aplicadas, influyeron negativamente en la evolución de este sector y, por ende, en la de la economía en su conjunto. Sin embargo, los autores no consiguen convencer por entero al lector, puesto que se echa en falta una descripción más explícita del modelo estadístico al que se refieren constantemente y en el que basan todo su análisis.

En el capítulo 9, María Inés Barbero y Fernando Rocchi efectúan una combinación de análisis macro y micro, atendiendo al desarrollo seguido por el sector

industrial entre 1875 y 1975, y comprobando cómo el proceso de industrialización se relaciona con las tendencias de crecimiento y declive experimentadas por la economía argentina. Hacen un análisis minucioso que incide especialmente en el papel desempeñado por las empresas y los empresarios, para finalizar con otro en el que constatan cómo los cambios en las políticas llevadas a cabo afectaron a la evolución de dicho sector.

El estudio de Leonard Nakamura y Carlos Zarazaga ocupa el siguiente capítulo, perfilando e ilustrando estos autores la tesis de Taylor que sostiene que la gran dependencia de capital británico por parte de Argentina desde principios del siglo XIX explicaría su baja tasa de inversión y su bajo crecimiento tras 1913. Nakamura y Zarazaga demuestran que, a comienzos del siglo XX, ni la bolsa, ni las inversiones privadas domésticas se desarrollaron con suficiente rapidez como para suplantar a las inversiones británicas. Además, observan cómo el comportamiento de los precios de los *stocks* bancarios y sus rendimientos constituyen dos variables capaces de explicar la evolución de la economía tras la I Guerra Mundial y el comienzo de su divergencia.

En el capítulo 11, Sergio Berensztein y Horacio Spector se centran en el papel desempeñado por el gobierno en lo que se refiere a la actividad comercial, poniendo un énfasis particular en cómo el diseño de la ley condiciona el desempeño económico. Para ellos queda claro que, desde 1860 hasta principios de los años 20, las leyes estaban enmarcadas dentro de los principios del *laissez faire*. No obstante, esto comenzaría a cambiar a partir de entonces, en respuesta a las presiones de los grupos de interés, entrando así en una fase de plena intervención gubernamental que continúa caracterizando a la historia contemporánea de Argentina.

Los resultados expuestos en el libro llevan a Gerardo della Paolera y a Ezequiel Gallo a concluir, en el último de los capítulos que “Argentina fue, y es, un país con un potencial económico impresionante, pero que durante su período de mayor esplendor (la *Belle Époque*) perdió la oportunidad de crear y desarrollar las instituciones correctas que le habrían garantizado un crecimiento sostenible y hubieran apartado a la sociedad de la voracidad de los políticos y de los grupos de presión”.

Isabel Sanz Villarroya
Universidad de Zaragoza